

Reflexiones tras la noche más larga de la democracia

Preguntas en el aire

LO lógico es esperar a que las autoridades militares se encarguen de depurar conductas; lo natural es suponer que habrá abundante información sobre algunas actitudes y algunos hechos que han jalonado de sombras la noche del 23 al 24 de febrero. Mientras esperamos ambas actuaciones, será bueno hacer algunas preguntas que, sin duda, preocupan a los españoles.

Nos preocupa, por ejemplo, el papel del teniente general Miláns del Bosch, su actitud decretando el estado de ley marcial en toda su región militar, su contacto permanente con la comisión de secretarios de Estado y subsecretarios, el bando que, al parecer, tenía preparado para contrarrestar el que había lanzado nada más producirse el golpe, la misma llamada del teniente coronel Tejero desde el Congreso ocupado dando la novedad... Nos preocupa y nos intriga la conducta de este teniente general, tan prestigioso y, al mismo tiempo, tan activo durante las horas del «push».

Naturalmente, estamos en ascuas por saber si detrás de los protagonistas que ya conocemos había alguno o algunos más, si el golpe contaba con los efectivos que ya conocemos o sus autores materiales esperaban apoyos desde Madrid o desde otras capitales españolas.

Quisiéramos saber, además, quién era el alto militar que debía haber llegado al Congreso para hacerse cargo de la situación, tal como anunciaron reiteradamente los mandos asaltantes. ¿Quién se oculta detrás de este innominado personaje?

Nos gustaría que se aclarara, definitivamente, el papel en el Congreso de los comisarios Ballesteros y Fernández Dopico; que se diga, con detalle —al menos con argumentos convincentes—, cuál era su cometido, ese que, al parecer, les fue encomendado por sus superiores.

¿Sería mucho saber, por otra parte, cómo el teniente coronel Tejero pudo hacerse cargo de una tropa que, al parecer, ignoraba, en un 90 por 100, a dónde se encaminaba y cuál era el objetivo de su asalto al Congreso? Sabemos de la disciplina de la Guardia Civil, pero resulta altamente curioso que su irrupción en el Palacio de la carrera de San Jerónimo se hiciera sin conocer más órdenes que las de inmovilizar a todos los que estaban dentro y recoger todas las armas.

En fin, sería bueno conocer con detalle la actitud de algunos miembros de la Policía militar que penetró en el edificio por la noche. Detenido el comandante que los condujo, ¿podríamos saber cuál fue la conducta de estos miembros durante el tiempo que estuvieron dentro?

Finalmente, no estaría de más saber cuáles fueron las condiciones pactadas para la rendición. Y, si es posible, ¿por qué el teniente general Miláns del Bosch tardó más de una hora en retirar las tropas y los tanques de las calles de Valencia, después de escuchar el mensaje del Rey, y no lo hizo, como se dijo, inmediatamente después?

Bon Seny

DE ahora en adelante nada podrá ser igual en la política española. Así decíamos porque así lo pensamos en el editorial escrito al filo de aquellas horas tan inquietas, tristes y bochornosas en la noche del pasado lunes.

Así lo seguimos pensando, y el problema es distinguir entre lo que debe cambiar en seguida, por no poder seguir ya siendo igual, y aquellos otros cambios que han de madurar y encontrar su encaje en la política del nuevo Gobierno, en las próximas semanas.

En un meritorio ejemplo de claridad y arrojo políticos, un distinguido diputado de la minoría catalana, Miguel Roca Junyent, a su salida del Congreso, sin que veinte horas de tensión e incertidumbre hayan influido ni en su talante ni en su inteligencia, anunciaba ya que desde ahora algo no sería igual: los votos de la minoría catalana serían esta vez afirmativos, apoyarían al nuevo Gobierno, y no se refugiarían en la abstención como en la votación primera.

Si una cabeza bien organizada sabe poner en primer lugar las cuestiones que conviene resolver cuanto antes, el diputado Roca ha expresado admirablemente con esa rápida decisión lo que tantos españoles admiramos y envidiamos en los españoles de Cataluña, en esa virtud tan suya de resolver con buen sentido —¡ah!, el Bon Seny, ¡qué virtud tan difícil y escasa!—, las cuestiones que no requieren ni énfasis, ni hinchazón, ni temperamento, sino sentido común, realismo, comprensión, inteligencia política, en suma.

Lo urgente hoy es que el nuevo Gobierno, formado cuanto antes, se vea asistido positivamente por el Parlamento, y esa asistencia en las democracias se mide en votos. El Bon Seny pide, exige, votar a quien ayer, por cuestión de matices podía ser discutido, no estorbado pero tampoco aprobado.

Y este gesto aparentemente menor, expresado con sencillez, nos recuerda hecho así, sin descomponerse ni hincharse, aquellos elogios de Cervantes a Barcelona «archivo de cortesía». Con señoría y mesura, este catalán anuncia cortésmente que para ellos, por simple Bon Seny, ya ha empezado el cambio.

Los protagonistas

HUBO, naturalmente, muchos protagonistas en la larga noche de las metralletas y las pistolas que se adueñaron del Congreso de los Diputados. Las mismas armas, que nada tienen que ver con la dialéctica parlamentaria, fueron protagonistas. Hablaron casi antes que los mismos asaltantes.

Protagonistas fueron, sin duda, los portadores de las armas, los que estaban dentro y los que entraron en tromba en el hemiciclo, los que dirigieron el intento de «push», los que amenazaron a civiles indefensos, los que hablaron en voz alta con el tono suficiente de quienes tienen la fuerza en sus manos, los que insultaron y hasta golpearon a sus propias jerarquías. El general Miláns del Bosch, desde Valencia, fue un protagonista singular y hasta misterioso; lo fue el teniente coronel Antonio Tejero, constituido, por ley del golpe, en comandante en jefe de las tropas asaltantes; lo fue el teniente Álvarez, tan joven como amenazador; lo fue el comandante del Ejército, que al frente de la Policía Militar penetró después en el Congreso, por más que no entendemos del todo su protagonismo, que ha terminado en detención; lo fue el capitán de navío Camilo Menéndez...

Pero dos hombres destacan en méritos a la hora de medir el protagonismo: el todavía presidente del Gobierno en funciones, Adolfo Suárez, y el vicepresidente para la Defensa, también en funciones, teniente general Gutiérrez Mellado.

Suárez dio un enorme ejemplo de entereza, de serenidad y de saber estar en su puesto. Frente a las ráfagas de metralletas que silbaron a pocos metros de su rostro, se mantuvo firme, sentado en su escaño, sin ahorrar el riesgo. Fue la suya la prestancia de «todo un presidente», como diría más tarde Roca Junyent. Tuvo la gallardía de presentar su condición de presidente del ejecutivo sin arrogancia, pero con firmeza; tuvo, al mismo tiempo, la prudencia de temperar los nervios desatados de algunos de sus compañeros de escaño.

El teniente general Gutiérrez Mellado, cuyo temperamento es sobradamente conocido, estuvo a la altura de su condición de máxima autoridad militar. Como tal, pidió explicaciones a los asaltantes, algunos de los cuales llegaron a golpearle —mención especial merece, un vez más, en este desgraciado menester, el teniente coronel Tejero, con total desprecio de grado—, exigió de los invasores del Congreso que depusieran su actitud y, desde su talante riguroso, expuso su vida en momentos en que los portadores de las armas parecían dispuestos a todo.

Otros protagonistas, ya de amanecida, fueron los diputados Fraga Iribarne y Satrustegui, y el ministro de Cultura en funciones, Iñigo Caverio. Los tres, en gestos nacidos del valor y, tal vez, del nerviosismo, desafiaron a sus aprehensores y hasta, en el caso de Caverio y Fraga, los incitaron al despropósito. Anécdotas para la historia de una larga noche de metralletas y pistolas.